

Entre las flores descubre auras y cefiros alados *que el fresco aroma del jazmín capturan:*

Ve sonreírse á las mañanas como si fueran coquetas aguerridas; y la noche tiene faz adusta y uraña lo mismísimo que un acreedor cansado de dar vueltas:

La luna no es luna sino un *liquido globo de cristal fundido*; y sin embargo de que el poetastro es habitante de la zona tórrida, y no ha marchado cien varas hácia los polos, á pesar de esto ha visto, que el mundo lo mismo que un globo de lotería, tiene un par de ejes, con la sola diferencia de que en aquel son *diamantinos*.

Ahora ¿vdes. quieren saber lo que hasta aquí han tenido por ese mundo con ejes de diamante? Oigan vdes., pobres hombres, al poetastro:

Un informe terron de sangre y lodo
Va nadando en un aire nauseabundo,
En crímenes y llanto envuelto todo,
¡¡¡Y el hombre á ese terron le llama mundo!!!

¿Y qué diremos de las orejas de nuestro vate? Oh! en esta parte tampoco tiene rival el poetastro. Oye que el viento lloriquea, como un chico rebelde por la escuela.

Escucha á la brisa que suspira entre los árboles, ni mas ni menos que una viuda entre los dolientes *verdes*, aunque no lo sean del rabo.

Los arroyos murmuran á guisa de periodistas hambrientos: y por último, la voz de la Sontag hirió el tímpano de nuestro hombre, y el venturoso mortal nos hizo saber al día siguiente que habia escuchado una *lluvia de perlas, una cascada de rubíes*, y los trinos y gorgeos de los espíritus celestes.

Pero si es prodigioso el oído del poetastro durante el día, nunca lo será tanto como en la noche, aunque segun malas lenguas, este fenómeno se advierte en todo aquel que se acuesta sin cenar. Durante la noche, cuando todo el mundo duerme, solo el poetastro se halla en vela, escuchando ecos siniestros, ruidos misteriosos, choques de cadenas, crugir de huesos descarnados, chapaleo de craneos carcomidos, danzas de pestíferos esqueletos, &c., &c.; y los latidos de las arterias ó el vuelo de un insecto, son materias mas que suficientes para que el vate nos diga al otro día que ha sido víctima del insomnio y la vigilia.

Con todo esto ¿dudan vdes. que sea el hombre mas feliz del mundo aquel que, merced á sus excelentes sentidos, tiene siempre á su disposición las sombras chinescas, la linterna de Robertson, el diorama de Daguerre, y el afaneidoscopio de Rousseau y de Chevalier?

Pues no, señores: ¡mentira! El ser mas desdichado del universo es el poetastro, segun él mismo nos dice. Apenas cuenta diez y nueve años y ya la *savia* de su lozana juventud se ha secado; su corazón está *marchito* y carcomido; sus mejillas se han ajado por las lágrimas del dolor,

*Y es amarga su sonrisa;
Y es eterno su quebranto.*

Ilusiones, ¡anda vete! Se le han escapado de la alma como se escapan las moscas de la cárcel de popote que les habia formado un muchacho travieso y holgazan.

Sus creencias *¡volaverunt!* y en cuanto á goces y placeres de seguro son mas los que experimenta en la capilla un sentenciado á muerte, la víspera de su suplicio.

Pobre hombre! A nadie sino á él le está vedado el sentarse ó echarse á la bartola, y tiene por precision que estar *reclinado, postrado, ó de hinojos* á los piés de alguna arpía, extasiándose en mirarla con loco frenesí; *jadeando* de amor; *apurando sediento su soplo de perfumes*, y todo ello para morir despues *anonadado de tanto amor!*

Vean vdes. si al poetastro no le convendria mejor un tabardillo, ó la *hartada* de huevos del *Vecino Raymundo....!* Pero ¡qué! no señor: el infeliz está condenado á no comer; por lo menos jamas nos habla de ello en sus *arrebatos poéticos*. Pero si no come bebe al menos, ó mejor dicho *liba*, y cuando esto hace tiene que desempeñar semejante operacion en *cáliz de dolor* ó *copa de oro*, y no *liba* por cierto, orchatas ó limonadas, sino *acíbar, narcóticos, ponzoñas, tósigos*, y muy raras veces ambrosia y nectar delicioso, bien que siempre sujeto á *apurarlo todo hasta las heces*.

Y luego agreguemos á todos estos percances, aquella sed rabiosa que atormenta al poetastro; porque, segun nos dice, está

Sediento siempre de alabanza y gloria,

y para extinguir la maldita sed y poner un término al suplicio de Tántalo, viene un *aborrecible rival*, y le hace beber de un sorbo

La impura copa de nefandos celos,

de cuyo refrigerante librenos el Señor por su grande misericordia.

Estas y otras muchas son las penas que sufre el poetastro por *alzarse sobre la multitud*, y escribir su nombre con letras de oro, cosa que haria un dorador con menos afanes y congojas.—Si semejantes trabajos superiores á los de Hércules, son reales y positivos, es cosa que no sabemos: deberán serlo porque el hombre nos lo dice, y no

puede engañarse ni engañarnos. Pero en lo que no nos cabe duda que el poetastro trabaja como un macho de noria, es en aparecer como hombre de genio, de inspiraciones y de fantasía, cosas difíciles de conseguir cuando no se tienen, y tanto que nos parece le sería mas fácil á una fea el volverse bonita, ó á una matrona de sesenta descender á la edad de las muñecas.

Sin embargo de esto, el poetastro presume de sabio y entendido. Habla de todo, de todo entiende, y no hay materia en el mundo que no esté al alcance de nuestro hombre. Solo una cosa no sabia (prodigio inaudito!) y eso que lo aprendió desde la escuela. ¿Y qué les parece á vdes. que sería la tal cosa?

—¿La gramática?

—No, señores, porque todavía no la sabe.

—¿La retórica?

—Tampoco, porque no se enseña en las escuelas.

—¿La ideología?

—Mucho menos, porque para la ideología se necesitan ideas y el poetastro no las tiene. . . .

—Vamos, estoy seguro de que vdes. no dan en ello, si yo no rasgo antes el *susodicho velo* que tanto quehacer nos ha dado. Pero como es preciso que mi narracion tenga cierto aire misterioso, vive Dios que voy á dárselo, teniendo á vdes. suspensos tres minutos, durante los cuales haré una reflexion muy necesaria para lo que llevo dicho.

No hace mucho se le ocurrió á un francés ilustre, estampar en una de sus obras, estas tres palabras:

CREE, AMA Y ESPERA.

Atravesaron los mares; vinieron á dar á los ojos de los poetastros, y ocasionaron en esta gente una revolucion igual á la que produjeron el *Mane*, *Thecel*, *Fhares*, en el festin del rey Baltasar. A los pocos dias dijo un poetastro:

Risueño mi horizonte el cieno impuro
El esplendor manchó que antes tuviera;
Mas, CREE, le dije al corazon, y ESPERA
Tras de esas nubes un azul mas puro.

En seguida vino otro hijo de los arrebatos, y puso en letras de molde:

En vano en tu dolor te desesperas,
Víctima infausta de la pena impía:
Pon tu ESPERANZA en la ESPERANZA mia,
Si es cierto que me CREES, que AMAS y ESPERAS.

Llegó por último un tercero, y en los mismos versos desiguales que lo hicieron los otros, lanzó al aire su canto, adornado con las tres consabidas palabras sacramentales:

Tengo FE, tengo AMOR, tengo ESPERANZA,
Sublime trinidad de sentimientos, &c., &c.

Ahora bien, lectores míos: según lo dicho hasta aquí, la cosa que nuestro hombre no sabia era. . . LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS, *fe, esperanza y caridad*, cosa que aprende un chico en la escuela á los dos dias. . . .!

Después de lo dicho no se me vengan vdes. con preguntas acerca de la instruccion y conocimientos de nuestro personage. Lo que vdes. deben preguntar es si la *realidad personal* del poetastro corresponde á la pintura que de sí mismo nos hace en sus canciones; esto es, si efectivamente se le ha secado la savia; si tiene las mejillas pálidas y el corazon carcomido; si anda siempre vagando entre rocas y torrentes, sepulcros y vampiros; en fin, si es un ruiñón ó una corneja, mochuelo ó papagayo, de carne ó de vigilia. Esto es lo que se debe averiguar, y precisamente es lo mismo que vamos á decir á nuestros sufridísimos lectores.

Han de estar vdes. que las mugeres y los poetastros son parecidísimos, y tanto ellas como ellos dedican toda su vida á la *mentira*, al *coqueteo*, y á *agradar á los demas*. Por lo mismo, el poetastro; ese hombre consagrado á la vigilia y al dolor, es nada menos que un mozo rollizo, mofetudo y de mejillas encarnadas. Duerme mas que un marrano bien cebado, come al igual de un estudiante; y en el teatro y los cafés, y en todas partes, rie y se refocila con mas ganas que un payo en la maroma, al oír las gracias del payaso.

Cuando el poetastro nos diga que *triste y macilento ha atravesado al mundo*, pueden vdes. creer que el hombre en una tarde lluviosa, ha pasado desde su casa al teatro de Nuevo-México; y el dia en que el infeliz reniegue de la vida y quiera descender al bátrago espantoso, entonces juren vdes. que el vate se encontró una mosca en el asado, ó el estúpido periodista no publicó de luego á luego

*Los ecos de la guzla,
Del bardo sin ventura.*

De seguro para nosotros, la gente de prosa, semejantes calamidades no pasan de friolerillas; mas no son lo mismo para el cantor que, mirándolo todo al través de un *engañoso prisma*, ó bien allá en *lontananza*, sin duda por un *efecto* de óptica, ó *defecto* de su juicio, ve como el Manchego ilustre gigantes en los molinos de viento, incluso el

olor de aquella cosa que no fué ámbar; porque, dirémoslo de paso, el olfato y aparato respiratorio de nuestro hombre, son cosas tan raras como todo lo que es aborto de su fecunda cholla. Por esta razón ha dicho cierto poetastro:

*Respirando pasé mis tiernos días
Brillos, esencias, luces y armonías!*

Mucho hay que decir todavía acerca del poetastro, sobre todo cuando de poeta lírico quiere convertirse en dramático, ó bien cuando le vienen las ganas de *soplar* en la trompa épica. En efecto, en tales ocasiones se necesitaría un volúmen tan solo para hablar de la mesa de nuestro hombre: de aquella mesa, campo de batalla donde el cantor lucha con su impotencia, donde forja los monstruosos edificios de su fantasía, donde están hacinados todos los defectos retóricos, todas las faltas gramaticales, y todas las necedades estupendas que brotar pueden de la insigne mollera de un poetastro.

Dejemos ya descansar á nuestro vate, y por último, lector, te daremos un consejo.

Cuando algun curioso te pregunte quién es el *Poetastro*, respóndele sin dilacion y sin escrúpulos de conciencia:

El Poetastro es un viviente medio racional que lo sabe todo, todo... menos las primeras páginas del CATECISMO DE RIPALDA.—FEVA IRISARRI.

Marzo de 1855.

